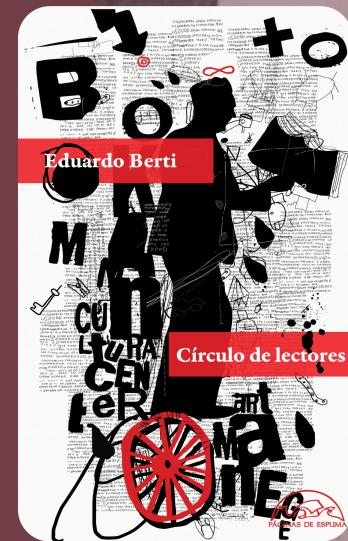




La Escalera
Lugar de lecturas



COMIENZA A LEER...
**EDUARDO
BERTI**

CÍRCULO DE LECTORES I

EL SEÑOR SOAMES

Antes de sentarse a leer una novela, porque solo leía sentado, el señor Soames contaba las páginas.

¿El primer capítulo empezaba en la página 12? ¿El final ocurría en la 348? En tal caso, el texto abarcaba 336 páginas y el señor Soames iba directamente a la página ubicada en el medio, dato que obtenía dividiendo 336 por dos y sumándole 12. Una vez allí, en la 180, buscaba el centro (un centro que tampoco era aproximativo, nada de eso, porque él contaba las palabras, es más, las letras incluyendo cada espacio en blanco) y se ponía a leer o, mejor dicho, a buscar lo que él llamaba el nudo conceptual del libro.

-Aquí está -exclamaba Soames- la piedra angular que sostiene el arco de la novela -y apuntaba a un puñado de palabras inofensivas, triviales para el mundo entero, menos para él.

Era raro que el señor Soames no se topara o no quisiera toparse allí con algo revelador. Una frase que a sus ojos encerraba, iluminaba todo. Una acción leve, intrascendente en teoría, que replicaba en miniatura (en *mise en abyme*, prefería el señor Soames) la totalidad del libro.

¿Era el azar? ¿Era la expresa voluntad de los autores? ¿O era, mal que le pesase, su necesidad de formas, su anhelo de simetrías?

Algunos le proponían que hiciera la misma prueba escogiendo otras páginas.

-Sí, podría hacerlo. Buena idea -respondía el señor Soames.

Pero nunca lo intentaba.

LA SEÑORA RAPIN

La señora Rapin esquivaba los libros sin leer como si huyese, espantada, de una epidemia mortal.

Llevaba más de una década consagrada a releer y nada más que releer. Y únicamente releía cuando viajaba.

A veces, justo es decirlo, organizaba un viaje solo para eso. La reunión de trabajo en Amsterdam o en Zúrich no era imprescindible, no, y podría haberse resuelto telefónicamente, pero la señora Rapin sentía deseos de releer.

Las dos cosas que se prohibía a la hora de viajar eran: llevar un libro al mismo sitio donde lo hubiese leído por primera vez; llevar un autor chino a China, un autor español a España, un autor noruego a Noruega y así sucesivamente.

-Lo que me interesa -explicaba- es tomar dos o tres libros y releerlos en un contexto diferente, extranjero.

Había en su método algo aleccionador: el mismo libro, en otro tiempo y espacio, era fatalmente otro.

Pero lo más apasionante era el «choque de recuerdos», como le gustaba decir.

-Releer *La Cartuja de Parma* -decía la señora Rapin- no solamente resucita el argumento, la acción de los personajes, los escenarios de la acción. También resucita el marco de mi primera lectura: las vacaciones de aquel agosto en un pueblo junto al mar. Ese recuerdo es el que choca, el que lucha con ese otro mes de agosto o con esa ciudad sin mar.

A veces, los dos recuerdos parecían quedar muy cerca, tanto que lograban fundirse en uno solo. Otras veces, se contemplaban desde una

distancia abismal: no había en el mundo, según la señora Rapin, mayor belleza que esa lejanía.

LA SEÑORITA MOTLERİ

La señorita Anna Motleri estaba leyendo aquella tarde lluviosa un libro de cuentos de Dino Buzzati cuando oyó un ruido perturbador en la habitación de al lado. Se levantó y se topó con una máquina enorme, del tamaño de un ropero, aunque de silueta como inclinada. Hasta donde conseguía recordar, esa máquina era nueva. Nunca antes había estado allí, en su casa. Y ella jamás la hubiese puesto en medio de una habitación entorpeciendo así el paso. El armatoste despedía unos zumbidos altaneros y su función resultaba incomprensible. La señorita Anna retrocedió de manera instintiva y se preguntó si aquello no tendría cierta afinidad con el cuento de Buzzati que había empezado a leer. El cuento hablaba de una máquina que detenía el tiempo, supuestamente inventada en la universidad de Pisa. Por un rato, la señorita estudió aquel panorama con sus ojos penetrantes, sin decidirse a tocar ninguno de los botones. Segura de que el artefacto provenía de las páginas del libro, tendió su mano huesuda y con un dedo apretó el único de los muchos botones que emitía luz. La máquina tembló un poco y en una exigua pantalla, entre sonidos y parpadeos, se materializaron dos, cuatro, seis, ocho números, con seguridad una fecha, dedujo: 17 – 10 – 1953. Sí, eso tenía que ser: el día, el mes y el año en que se detendría el mundo. Una fecha curiosamente anterior a su nacimiento. Incrédula ante esto último, decepcionada porque el gesto no había suscitado consecuencias significativas, la señorita Anna quiso volver a la otra habitación, pero sintió que sus pies se movían a cámara lenta y se percató de que había un silencio desconcertante. Ni siquiera se oía la lluvia o el tránsito de la ciudad. ¿La máquina estaba ejerciendo alguna clase de efecto? Anna se desplazó, lentísima, hacia el sillón donde la aguardaba el libro. Entonces vio algo imprevisto: el libro era el mismo libro, pero muy delgado. De la treintena de

cuentos quedaban apenas ocho. La señorita buscó el cuento que había empezado a leer, el de la máquina para frenar el tiempo. No lo halló por ningún lado. De pronto recordó la fecha. El año en el que la máquina había detenido el mundo era previo a la publicación del libro. La deducción fue inmediata: Buzzati no había llegado a escribir todos los relatos. Sería exagerado decir que la señorita Anna sintió un estremecimiento. Lo seguro es que se hizo una pregunta: ¿por qué, si todo se había paralizado, ella seguía en movimiento? Tal vez la respuesta estuviera en el cuento de Buzzati. Tal vez ahí se explicase que las personas nacidas después de la fecha elegida para detener el tiempo (algo que era una suerte de paradoja: nacer después de que el tiempo se ha interrumpido) perdían de modo paulatino la potencia y la rapidez, como ahora empezaba a ocurrirle a ella. La señorita Anna se imaginó un proceso irreversible: su vigor iría menguando con el correr de los minutos, hasta el reposo absoluto, hasta la quietud total. No se atrevía a asomarse por la ventana ni a encender el televisor ni a llamar a las puertas de alguno de sus vecinos. No se atrevía y, peor aún, no le quedaban fuerzas para algo así. De repente se acordó: ¡la máquina, en la habitación de al lado! Un simple gesto suyo y las cosas se pondrían en movimiento otra vez. Así que anduvo, lo más de prisa que pudo, muy despacio, muy despacio, como en esas historias de ciencia ficción que tanto amaba leer y donde a menudo aparecía un salvador del planeta o de la civilización. Pobre Anna, entre un paso y el siguiente parecían transcurrir horas. Pero llegó y, con una especie de nudo en la garganta, vio un vacío en la habitación. Ni el más mínimo rastro de la máquina. La escena era alarmante, aunque no tan descabellada, caviló. Si el cuento de Dino Buzzati no se había escrito jamás, no había razón para que existiera esa máquina, muchos menos para que la máquina hubiese saltado de la ficción a la realidad. Eso estaba diciéndose, sin saber si debía sentir alivio o preocupación, cuando creyó oír no muy lejos un zumbido familiar: era un zumbido insistente, era el ruido perturbador de la máquina de detener el tiempo, pero cada vez más débil, pero cada vez más lento, más pausado y más trabajoso, pero cada vez más...

EL SEÑOR BORBAS

Muy tarde en la noche, tras un sueño intranquilo, el señor Borbas se levanta, bebe un poco de agua, corre hasta la biblioteca en busca de un libro preciso que tiene que estar y que está en su lugar acostumbrado, dato que no lo serena, entonces se arroja sobre sus páginas con gestos de soñolienta torpeza, lo abre, se diría que lo agita, pero no, quien está agitado es él, lo examina, lo hojea, lo hojea, salta unas treinta páginas, unas cincuenta más bien, sigue hojeando y al fin resopla, qué alivio, allí están los personajes en su sitio, haciendo las cosas de siempre, diciendo esas mismas frases que el señor Borbas casi ha memorizado al cabo de tantas lecturas, allí están todas las palabras y los puntos y las comas en su sitio exacto, sí, fue solo una pesadilla y puede volver a dormir.

EL SEÑOR BARTELBOOTH

El señor Bartelbooth no podía leer sin que sus propias ideas se interpusiesen. Era en vano que él abriera cualquier libro: sus pensamientos ocupaban el lugar del texto. Pero a la vez era cierto que las mejores ideas se le ocurrían leyendo, así que acudía a los libros con la evidente intención de salir de ellos (de salir, en fin, de la frustrada lectura donde no entraba jamás) con alguna clase de hallazgo o, por qué no, de revelación personal.

En un comienzo, el señor Bartelbooth había inferido que la calidad o la hondura de sus reflexiones y sus pensamientos era proporcional al libro que había abierto o, si no era proporcional, estaba influida por ello. Con los años había aceptado que el libro abierto no tenía importancia alguna y que, más irónico incluso, un mismo libro (uno solo, delgado e intrascendente) bastaba para que en su mente nacieran mil y un ideas.

Desde niño, Bartelbooth había oído hablar de la riqueza infinita que hay en los libros. Ahora experimentaba aquello en carne propia.

EL SEÑOR BRIEST

Tan solo, desde su más tierna infancia, alemanes autores el señor Briest leía y autores otros no, directamente sus libros ignoraba. Hablar y leer alemán bien el señor Briest sabía porque enseñado su padre y su madre se lo habían y placer grande esto, por cierto, le daba. De modo que normalmente en las librerías de la ciudad del país del sur del americano continente donde vivía buscaba el señor Briest libros que escritos estuviesen en alemán, pero en ciudad aquella donde vivía él librerías pocas había que libros vendiesen en alemana lengua o en extranjera lengua otra, entonces comprando de cierto libro en alemán originalmente escrito una traducción al castellano se consolaba el señor Briest. Decirse puede que era del señor Briest la ocupación mayor no tanto en alemán leer libros como en castellano traducciones leer que, salvo excepciones de la mano con los dedos contadas, muy buenas no le parecían. Que su ocupación era, en broma decía el señor Briest, traducciones enderezar: o sea, el orden cambiar de las palabras. Porque notado había con los años que mal no estaban elegidas por los traductores las palabras, pero en cambio escritas las frases como en raro orden aparecían, de la estructura del alemán propia las frases impregnadas. Horas a veces el señor Briest en aquello arreglar tardaba y un método tenía: en separados papeles cada palabra escribía y de esta manera el orden probando mejor iba o el que menos orden raro sonaba. Agotador era eso. Pero divertido también. Las veces que muy embrollada la traducción estaba la libertad se tomaba de una carta enviar a la editorial que publicado había el libro donde para mejorar y más comprensible el texto hacer sus sugerencias indicaba. Le respondían casi nunca. Le importaba nada y poco. El placer verdadero era, en el fondo, que mejor las frases sonaran. Y como

hermanos libros colecciónaba en su biblioteca: al lado de los comprados volúmenes, las corregidas versiones ponía.

EL SEÑOR FUNES

El señor Funes pensaba que se sabía de cabo a rabo todos los libros leídos. Y lo mismo pensaban los demás. Decirle «*Guerra y paz*, primera parte capítulo xix» era como apretar un botón. «El viejo criado se hallaba en su lugar de siempre escuchando los ronquidos del Príncipe», empezaba el señor Funes. Para seguir: «Podían oírse, a través de las puertas cerradas, los pasajes difíciles de la Sonata de Dussek...». Y así sucesivamente, hasta la palabra final. A menudo se acordaba por completo de algún libro que, a la vez, olvidaba haber leído. Esto ocurría porque el libro no le había provocado ninguna emoción memorable. Sin embargo, el texto entero, la masa fría de palabras, perduraba en su cabeza, lo quisiera Funes o no. ¿Existía un libro que burlaba su memoria? No, eso habría sido muy simple, un percance muy obvio para su historia.

El señor Funes pensaba que se sabía todos los libros leídos y era verdad. Pero, pequeño detalle, a cada uno de ellos le añadía una frase de ocho, diez, quince palabras, nunca más de dieciséis, que jamás era la misma y que él era incapaz de reconocer como frase intrusa. La suma de estas frases en cierto orden, en un orden particular, producía un libro: el libro del señor Funes. Él no sabía nada de esto. Y sin orgullo, con humilde mansedumbre, se creía a salvo de la invención. Un paradigma de fidelidad.

EL SEÑOR GUERMANTES

«Por miedo a traicionar su agitación, se demoró un rato fingiendo que se arreglaba un zapato. Luego ingirió el somnífero, además de los medicamentos para la circulación, y bebió todo el aguardiente que quedaba en la botella de su hermano, es decir, casi medio litro».

El señor Guermantes, llegado a este punto de la novela, estimó que era el momento ideal para abandonarla. Tomó uno de los marcapáginas que guardaba en un cajón, lo deslizó entre las páginas 204 y 205 y guardó el libro en su biblioteca personal, al lado de las ochenta o acaso noventa novelas que tampoco había acabado de leer.

Aquello no era un accidente. La novela podía aburrirlo o, al revés, apasionarlo; en cualquier caso, él jamás la terminaba.

Si alguien hubiese espiado con atención, habría visto su biblioteca toda compuesta de libros en los que, como un pequeño rabo, sobresalía un marcapáginas. Cada uno de ellos marcaba, con una pizca de culpa (un rabo entre las páginas), dónde él había interrumpido la lectura. Pero, en el fondo, esa marca era una gran formalidad porque Guermantes recordaba, hasta el más mínimo detalle, en qué escena, qué instante y qué frase exacta había quedado congelado el mundo de cada novela.

A partir de ese momento, todo era conjeta. A veces resolvía que el mejor final para tal novela debía ser la muerte del protagonista; a veces pensaba que quizás otra novela no permitía un desenlace que no fuera el casamiento. A ciertas novelas, en cambio, llegaba a idearles cinco, seis epílogos diferentes, todos igual de promisorios o igual de insatisfactorios.

Los amigos, conocidos y familiares del señor Guermantes estaban, en buena medida, al tanto de sus hábitos. Él solía ponerse en guardia siempre que una conversación tocaba o siquiera rozaba el tema de los libros. Por

fortuna, esto era muy infrecuente (ya nadie hablaba de esas cosas), pero el señor Guermantes sabía que era bueno tomar recaudos. Se había enterado sin querer de cómo finalizaba una vieja novela rusa por culpa de una mediocre adaptación televisiva.

A modo de precaución, desde entonces leía (parcialmente, claro) novelas de suma importancia, unánimemente aclamadas, pero no las más populares cuyo final pudiera sorprenderlo al doblar una esquina.

El señor Guermantes se había propuesto leer así, de modo interrumpido, hasta cumplir sesenta años o hasta llegar a las ciento diez novelas. Lo segundo ocurrió primero, al cumplir cincuenta y ocho años.

En dos grandiosos cuadernos había apuntado los finales como él los imaginaba. Al cabo del tiempo había ido revisando sus ideas. Ahora contaba con ciento diez finales, uno por cada novela. Atrás habían quedado las dudas y los desenlaces alternativos.

Sin embargo, le faltaba el final más importante: el final para la historia del señor Guermantes.

Una opción para ese final era que él no había previsto nada bien, pero no lo sentía como una derrota: los desenlaces inventados por él eran superiores; los verdaderos le parecían insensatos, previsibles.

Otra opción era que había «adivinado» todo (no le gustaba el verbo «adivinar», le parecía incorrecto), pero, en lugar de alegrarse o de llenarse de orgullo, sentía una enorme frustración. Había esperado ciento diez sorpresas para el final... Había esperado eso en vano.

EL SEÑOR TROILO Y LA SEÑORA CRÉSIDA

¿En qué estás pensando?, preguntaba la señora Crésida. Eso mismo, ¿en qué estás pensando?, retrucaba el señor Troilo.

Se amaban en forma asfixiante, se escribían cartas que decían «... siempre estar juntos... no separarnos nunca... como un solo ser».

Para ser fieles a su obsesión (o para ser fieles y punto, tal como ellos veían las cosas) habían puesto en marcha un método que les parecía excelente: leían los mismos libros a la vez, en simultáneo, y toda otra lectura quedaba excluida, excepto los periódicos o los papeles de trabajo.

Leían de noche, en la cama, antes de dormir. Leían los fines de semana - los domingos por la tarde, sobre todo- en el viejo diván de terciopelo azul. A veces el señor Troilo sostenía el libro y la señora Crésida apoyaba la cabeza sobre su hombro. A veces la señora Crésida leía un fragmento en voz alta y el señor Troilo entrecerraba los ojos. A veces sostenían el libro con una mano cada uno. A veces uno terminaba la página antes que el otro (ella leía, por lo común, con más lentitud que él) y esperaba como un coche ante un semáforo en rojo.

El método era excelente, pero -se sabe, ay- nada es perfecto. Era imposible que en sus mentes no germinasen dos libros distintos. Cuanto más vaga y breve era la descripción de cierto lugar o de cierto personaje, más diferente era lo que cada uno imaginaba. Resolvieron conversarlo. Negociar. De este modo, por ejemplo, la bella heroína de la novela tenía el pelo que había imaginado Troilo y los ojos que había imaginado Crésida.

Un día leyeron un cuento muy sucinto y algo extraño, acerca de una pareja que solo leía de a dos. Se tumbaban en un viejo sillón de terciopelo

azul, pero el narrador decía muy poco de estos personajes: ni sus nombres ni sus edades ni el más mínimo rasgo físico.

Hicieron la pausa habitual. Conversaron. Cotejaron. La pareja de aquel cuento, dijo la señora Crésida, era idéntica a ellos dos. Así se la imaginaba.

Hubo, entonces, un silencio incómodo.

-Él es igual a mí -convino el señor Troilo-. Pero ella... -titubeó.

-A ver, ¿en qué estabas pensando? -se alarmó la señora Crésida-. O, mejor dicho, ¿en quién?

EL SEÑOR KRAPP

El señor Krapp solamente puede leer en una habitación de hotel. No es que allí lea mejor o más concentrado. No, el asunto es más complejo y nadie entiende sus causas. Si el señor Krapp se sienta en un bar, en un restaurante, en el banco de una plaza, en un tren o incluso en una habitación que no queda en un hotel, es inútil que se afane en cualquier clase de lectura: el libro entre sus manos se vuelve de pronto una jungla impenetrable (es la metáfora que usa el señor Krapp cuando explica a otros su caso), como si estuviese escrito en un idioma incomprensible. El problema, que no es nuevo pues data de unos siete años, sería banal o menos grave si el señor Krapp fuese un simple aficionado a la lectura, pero leer es una faceta esencial de su trabajo; así que suscribió un convenio con un hotel dos estrellas que hay muy cerca de su casa: el hotel K de la familia Krebb. Allí le alquilan por horas y por un módico precio (caso contrario, gastaría todo su sueldo en el hotel) la habitación 103.

El señor Krebb y el señor Krapp han establecido un rito. Siempre hay un cliente que anuncia que llegará un poco tarde, siempre hay un cliente que anuncia que debe partir temprano. Esos huecos improductivos son llenados por Krapp y sus sesiones de lectura. El convenio le prohíbe echarse en la cama a leer. Hay días en que siente el impulso de no respetar la regla, resulta tan tentador, pero la regla es sensata: un par de veces ha ocurrido que el cliente llega antes y Krebb debe desalojar con urgencia al señor Krapp, operativo que sería dificultoso con una cama deshecha, con unas sábanas sucias.

Al principio, hace seis años, cuando Krapp dio inicio a sus lecturas de lunes a viernes en el hotel, la habitación no era fija. Ocurre, no obstante, que Krapp suele interrumpir sus sesiones (cinco o seis horas leyendo) con

una pequeña pausa en la que sale a fumar o a tomar un café negro y, de paso, estirar las piernas. Así que, un día, Krapp le pidió a Krebb que le diera, por favor, siempre la misma habitación porque a menudo, de regreso tras su pausa, debía hacer un gran esfuerzo para recordar el número. Todo habría sido más simple si el señor Krapp usase marcapáginas (es reacio a ellos y a doblar las esquinas de las páginas) o si el hotel tuviese llaveros con números; pero, a falta de esas cosas, el señor Krapp se confundía frecuentemente y acababa, por ejemplo, pidiéndole al señor Krebb la llave de la 110 (en vez de la 115) y salteando cinco páginas del libro.

En un comienzo, el señor Krebb pensó que Krapp tenía una amante. Pronto advirtió que él nunca entraba acompañado y que ninguna mujer acudía sola en sus franjas horarias, por lo que estimó que Krapp era un raro, un maníático.

Un lunes, no pudiendo más de curiosidad, logró que Krapp le contara por qué se encerraba allí horas. Desde entonces, Krapp y Krebb comparten una broma cándida: en el registro donde asienta la marea de huéspedes, en vez del apellido de su fiel cliente, el señor Krebb inscribe el apellido del autor del libro que ese día está leyendo Krapp.

Ayer anotó, por ejemplo, al señor Kritt. Nombre excelente, sin duda, para un huésped.

CONTINUIDADES DEL CUENTO

Había empezado a leer la novela ~~unos~~ días antes. ~~La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes.~~ Esa tarde, después de ~~escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparecerías~~ volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia ~~el parque de los robles~~. ~~Arellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones~~, dejó que su mano izquierda acariciara ~~una y otra vez~~ el terciopelo verde ~~y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento,~~ fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. ~~Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo,~~

dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los áboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

I

Había empezado la novela días antes. Esa tarde, después de discutir con el mayordomo, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia los robles. En su sillón, de espaldas a la puerta, dejó que su mano izquierda acariciara el terciopelo verde. La ilusión novelesca lo ganó y fue testigo del encuentro en la cabaña del monte. El amante rechazaba las caricias. El puñal contra su pecho, todo estaba decidido. Esas caricias dibujaban otro cuerpo, que era necesario destruir. Se separaron en la puerta de la cabaña. Corrió hasta distinguir la casa. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió y entró. Una sala, una escalera. Dos puertas. Nadie. La puerta del salón y, entonces, el puñal en mano, el alto respaldo verde, la cabeza del hombre leyendo.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por ~~negocios urgentes~~, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados férreamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían

ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela

II

La novela, volvió a abrirla arrellanado en su sillón, de espaldas a la puerta, a la vez que su cabeza descansaba en el terciopelo del alto respaldo. ¿La disyuntiva de los héroes, en la cabaña del monte? El amante, sangre, besos, el puñal y otro cuerpo que era necesario destruir. La tarea los esperaba. Se separaron en la cabaña; él corrió a la casa. Primero una sala, después una escalera. La puerta del salón: un sillón de terciopelo, la cabeza del hombre, una novela.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparecerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último

encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajolatía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los áboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

III

Esa tarde, el mayordomo volvió al libro. En su sillón, de espaldas a la puerta, se puso a leer línea a línea el último encuentro en la cabaña: el amante rechazaba las caricias y el puñal latía como un arroyo de serpientes, como otro cuerpo que era necesario destruir. La tarea los esperaba. Se separaron. Ella corrió hasta distinguir la casa. El mayordomo estaría a esa

hora. Subió, entró en la sala alfombrada. En lo alto, el puñal. El sillón, la cabeza del hombre, una novela.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda

opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

IV

Había empezado a escribir el libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles, en su sillón favorito, de espaldas a la puerta. Palabra a palabra, en la cabaña del monte primero entraba la mujer, ahora llegaba el amante para repetir las ceremonias de una pasión secreta. Empezaba a anochecer. Se separaron en la puerta de la cabaña. Ella corrió hasta distinguir la casa: las palabras en la mano del hombre, una novela.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesantemente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales

danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

V

Se dejaba interesar por su mayordomo favorito. Su memoria retenía las imágenes del placer casi perverso bajo los robles. Dejándose ir hacia la

cabaña para repetir las ceremonias de una pasión secreta, su pecho latía anhelante. Nada había olvidado. En la puerta de la cabaña, en la bruma del crepúsculo, el mayordomo no estaba. Entró. Y entonces, puñal en mano, el hombre...

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados

rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el

VI

La abandonó por el libro. Lo hubiera molestado. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando de la mujer. Amante lastimada, ella corría a la casa. Los perros ladron. El mayordomo estaba en una habitación, puñal en mano.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los

cigarrillos seguían al alcance de lamano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

Abandonó la finca después de discutir. Volvió sin esfuerzo, casi enseguida, a la cabaña del monte, lastimada la cara. La sangre y el puñal se enredaban abominablemente. Había sido despiadado: una mano, una mejilla, el pelo suelto. En la casa, el mayordomo subió los peldaños y entró. La sangre de la mujer. La puerta. El puñal en el sillón. La cabeza.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesarlentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido.

El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

VIII

Había empezado a leer lentamente la carta, en su sillón favorito de terciopelo verde. Línea a línea, la mujer rechazaba una pasión secreta. Su pecho latía anhelante. Sentía que todo estaba decidido y que había sido olvidado. Corrió hasta el puñal.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su

cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahorrallegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venidopara repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

Regresaba en tren, lentamente, por la tranquilidad de los robles, arrellanado en su sillón verde. Más allá de los ventanales, las imágenes adquirían movimiento. Llegaba para repetir las ceremonias de una pasión. Su pecho, anhelante, sentía la figura de otro cuerpo. ¿Había sido olvidado? Empezaba a anocher. Se volvió un instante hasta distinguir la casa de la mujer. Primero nadie. Nadie en el salón. Y entonces la luz de los ventanales, la cabeza del hombre.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajandolínea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A

partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

X

Esa tarde, en la tranquilidad de su sillón favorito, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo, sin esfuerzo. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando de lo que lo rodeaba, y sentir la mano que danzaba dejándose ir. Una pasión secreta latía agazapada, corría como un arroyo de serpientes. Esas caricias dibujaban la figura de otro cuerpo que no estaba. Las palabras de la mujer. Nadie. La mano. El terciopelo. La cabeza del hombre.

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra

vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restallaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer. Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano. la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

XI

Había empezado a leer la novela. Lentamente la trama, de espaldas a la ilusión novelesca, rechazaba las ceremonias por un mundo de libertad. Las páginas dibujaban la figura de otro cuerpo, que era su doble. Empezaba ya a distinguir, en las palabras, primero una habitación; y entonces, en la mano de un hombre, una novela.